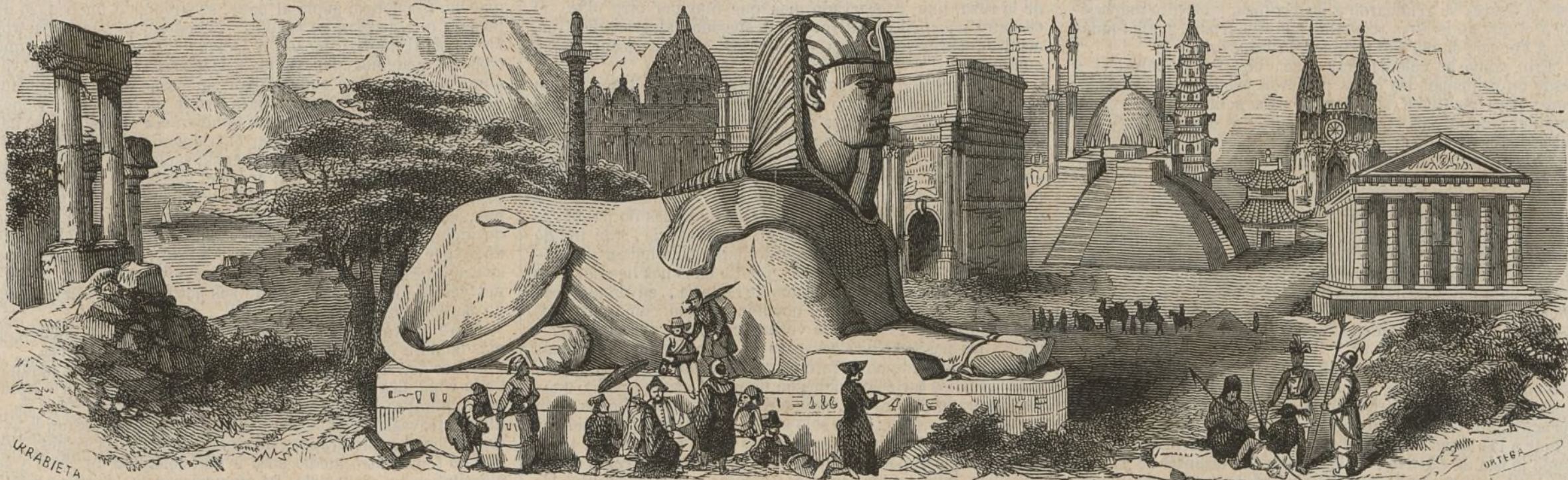


EL UNIVERSO PINTORESCO,

15, FEBRERO, 1855.

PERIÓDICO QUINCENAL.



Precio en Madrid, por un año. 40 rs.
Id. en provincia enviándose por el correo. 50.

Paris libreria española de Hidalgo, rue Pavé St. André núm. 3.
REDACCION, C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID.

En ultramar y el extranjero, fijan el precio los comisionados.
Se suscribe en casa de los corresponsales del Estab. de Mellado.

SUMARIO.

ARTÍCULOS. La regata.—Revista de Madrid, por don Esteban Garrido.—La condesa de Teba y Napoleon III.—Cuadro sinóptico de las cinco partes del mundo (continuacion).—La huérfana del Pirineo, novela por don J. M. Goizueta (continuacion).—Los ladrones de perros en Londres.
GRABADOS. Vista del canal de Venecia.—Vendedor de perros en Londres.—Depósito de perros robados en Londres.

La regata.

Entre las fiestas de Venecia, la regata, ó carrera de las góndolas, ha sido siempre la mas brillante. La república la

consideraba como una fiesta nacional, y en los grandes acontecimientos, como la eleccion de un dux, el triunfo en una batalla, ó la visita de algun principe extranjero, mandaba celebrar ese espectáculo como el mas hermoso que se podia ver, espectáculo que solo puede ponerse en escena en un teatro semejante al que presenta esta ciudad encantadora.

En efecto, en aquellas lagunas y canales estrechos y tortuosos, con aquellas barcas tan largas, y en que no se puede maniobrar sino colocados de pie en la popa, con aquellos hábiles gondoleros que desde su mas tierna infancia hasta la muerte, de dia y de noche, ejercen su profesion, en una palabra, en esa reunion de cosas indispensables para semejante fiesta, tuvo su origen esa diversion. Ademas, no hay ninguna otra que tenga tan íntima relacion con la vida veneciana,

que una parte transcurre en el agua, ni que permita reunir mayor número de espectadores, tan cómoda y convenientemente colocados en las innumerables barcas de la ciudad, y en los balcones y ventanas de los palacios situados en las inmensas orillas del teatro de la lucha.

Es bien fácil de comprender que ese conjunto, único en el mundo, debe localizar imperiosamente en Venecia esas fiestas náuticas, y que toda imitacion de ellas, como las que se ha tratado de organizar en el Havre, en Paris, y en Londres, no puede dar una idea ni aun aproximada de las venecianas.

La hermosura del cielo y del sitio, la pompa que las autoridades y la poblacion despliega en la ceremonia, el lujo de las barcas, y el de los trages en que brillan el oro, la plata



Vista del canal de Venecia.

y los mas vivos colores, el ruido de la música, la tumultuosa alegría de la multitud, y la pasión tradicional de los dos partidos que dividen a la ciudad en campos enemigos, no por un día, sino desde hace algunos siglos, todo contribuye a dar al espectáculo un interés, y una belleza tan original, que es necesario verle, para que se pueda formar una idea de él.

El pueblo veneciano ha amado siempre el lujo y los placeres, y ese gusto se explica por el origen mismo de esa illustre nación. Los venetos, para librarse de las calamidades que la invasión de los bárbaros había atraído sobre un país, que era el camino que aquellas hordas seguían en su marcha del Este al Oeste, se refugiaron a las lagunas, laberinto inaccesible a él que no le haya recorrido con frecuencia, y allí fundaron a Venecia el año 590 despues de Jesucristo.

Era, como se calcula muy bien, una triste mansión, y desde un principio, los gefes debieron proporcionar distracciones para mantener la moral de una población casi separada del mundo. Mas tarde, aquellas fiestas llegaron a ser una necesidad, para ocupar al pueblo y apartarle de la política celosa y suspicaz del gobierno. En Venecia, la libertad de divertirse fue tan absoluta como lo era la prohibición de mezclarse en los actos de la república. Aquellas costumbres se arraigaron de tal modo, que aquel pueblo intrépido y enérgico fijó su vista en la lucha, pasión, que por lo común engendran la religión y la política. En el día, como antiguamente, se encuentra la misma animación y los mismos odios entre los habitantes de la orilla izquierda y de la derecha del gran canal, ó por mejor decir, entre el cuartel de *Castello* y el de *San Nicolo*, y la misma indolencia en cuanto a todo lo demás.

En las antiguas crónicas de Venecia se ve que esa división entre los *castellani* y los *nicolotti*, se remonta a la primera época de la creación de la ciudad. Los habitantes de *Heraclea* y de *Aquilea* que formaban dos facciones enemigas, al huir a las lagunas escogieron posiciones opuestas: la una ocupó la isla de *Castello*, en la estremidad oriental de la ciudad, y la otra la isla de *San Nicolo*, al otro lado de Rialto. La primera, a medida que la población de la ciudad se fué aumentando, se extendió por la orilla de los Esclavones, la plaza de San Marcos, el principio del gran canal, y se detuvo en el *Rialto*, cortando la ciudad desde el arsenal al campo de Marte; la segunda ocupó el resto de la ciudad, que es la parte mas considerable pero la menos brillante, pues que el dux, los senadores y los mas ricos patricios, eran *castellani* por el cuartel en que habitaban. Asi es, que los *nicolotti* formaron la facción democrática, mientras que los *castellani* fueron los aristócratas.

Fácilmente se comprenderá las rivalidades y disensiones que de allí provinieron. Para apaciguarlas, los *nicolotti* fueron autorizados para elegir entre ellos un dux especial, cuyas funciones se limitaban a presidir los juegos y las deliberaciones de su partido, y lo demás del tiempo vivía y trabajaba como antes entre sus antiguos compañeros. Nombrado por elección, se rodeaba su elevación de cierta pompa que li-songeaba al pueblo, porque el elegido, casi siempre era un gondolero conocido por su habilidad y buena conducta. La ceremonia se celebraba en la iglesia de San Nicolo, en donde el nuevo dux era consagrado por la religión, y revestido de un traje magnífico. Se titulaba *Gastaldo dei Nicolotti*, y le estaba confiada la custodia del estandarte que representaba a San Nicolás bordado en oro.

Satisfecho el orgullo de los *nicolotti*, se mofaron de los *castellani*, dirigiéndoles sin cesar estas palabras que todavía se repiten: *Ti, ti chogi il dose, é mi vogo col dose.* «Tú remas por el dux, y yo remo con el dux.»

La lucha era continua entre ellos; en todas las fiestas públicas cada partido, fácil de reconocer por sus colores, los *castellani* con el cinturón y el gorro encarnados, y los *nicolotti* negros ó azules oscuros, procuraba triunfar, ya en las justas de las barcas, ya en los juegos de fuerzas, de equilibrio y destreza. Tan pronto se trataba, como en el último día de carnaval, de derribar de un solo sablazo la cabeza de un toro, como de formar la pirámide humana ó otra construcción del mismo genero. Diez ó doce hombres formaban con sus brazos una especie de suelo ó pavimento sobre el cual se elevaban otros ocho, que sostenían cuatro, luego dos, en seguida uno, y terminaba por un niño. Los mas hábiles ejecutaban hasta ocho superposiciones, entre los aplausos y la rechifla de cada partido, vencedor ó vencido. Algunas veces, aquellos ejercicios de fuerza y de equilibrio se hacían en barcas, vogando por el canal, como se ve en las pinturas antiguas. Había tambien bailarines de maroma, que hizados y sostenidos por cuerdas dobles, parecían bajar, por medio de sus alas desde lo alto de la cúpula de San Marcos, y llegaban cruzando el espacio, hasta la galería del palacio en donde se hallaba el dux. Despues de cumplimentarle en el excelente dialecto veneciano, le ofrecían un ramillete de flores, que parecía caer del cielo, y al mismo tiempo esparcían sobre la multitud una porción de sonetos y poesías, que tanto se prodigian en Venecia.

Uno de los juegos mas divertidos, y en que ambos partidos manifestaban mas animosidad, era la *guerra de Pigni*. Se elegía uno de los puentes sin parapetos, como se encuentran algunas veces en los canales pequeños, y dada la señal, cada una de las dos facciones en masa, avanzaba por los dos lados para pasar: entonces se trataba de cual, á fuerza de puños, arrojaría á la otra al canal, y rojos y negros caían al agua formando una cascada, con grande placer de los espectadores. Uno de aquellos puentes, San Barnaba, conserva todavía el nombre de *ponte de Pigni*.

Convenia á los planes de la república el escitar mas bien que amortiguar aquellas rivalidades, para mantener la energía moral y física de las clases bajas, y oponerlas de cuando en cuando al poder patricio, único á quien temía. Y en suma, aquellos juegos, aquellos torneos y ejercicios gimnásticos, en que cada partido procuraba sobreponerse al otro por su elegancia ó su fuerza, se convertían en provecho de todos. Acudían de todas partes á presenciar aquellas fiestas espléndidas, y la emulación, el vigor y la agilidad desarrolladas en las luchas, se encontraban despues en las escuadras de la república, y hacían á aquellos hombres, llenos de confianza en su fuerza, los primeros marineros del mundo.

Estos juegos y estos usos, como otras muchas cosas, pródigan de los árabes y de los países del Oriente, con los que Venecia sostenía entonces grandes relaciones comerciales. Fueron imitadas la arquitectura, los trages, los usos y cos-

tumbres de Constantinopla, el Cairo, Bagdad y Damasco, ciudades entonces muy adelantadas en la civilización, y todavía se reconoce fácilmente ese sello oriental, que da á Venecia un carácter enteramente aparte en Europa.

En tiempo de la república jamás hubo mas partido que el de los *nicolotti* y *castellani*, partido que nada tenía de político, como lo confirma la historia veneciana, en la que no se encuentra la menor huella de guerra civil.

Los venecianos son por lo general de carácter bondadoso y reflexivo, pero escésivamente sutil y burlón, y con particularidad los gondoleros, que parecen reasumir en sí los intintos de la raza, han conservado mas que ninguna otra clase el carácter nacional primitivo. Son despejados, alegres, diestros, afables, cariñosos, fieles y discretos, y de corazón leal y confiado.

Pero si el tipo ha permanecido lo que era, el traje y aun los usos se han alterado y perdido. Causaba un verdadero placer el oír algunas veces en el silencio de la noche, recitar a los bateleros, á imitación de los rapsodas griegos, las amorosas estrofas del Tasso con melancólica cadencia de composición suya, y responderse á alguna distancia como si fuesen un eco. En el día rara vez cantan á coro, y se inclinan mas á disputar que á la armonía, pero estas querellas no pasan casi nunca de palabras, y durante mi permanencia, que fué de cerca de tres años, no me acuerdo haber oído hablar de ningún asesinado. No es esa la idea que de ellos nos han dado los dramas y novelas en sus retratos de fantasía, en donde creyendo dar un colorido local, nos han pintado como terribles á los venecianos, con tanta verdad como las diosas de Boucher y las pastoras de Cervantes: y sin embargo, nada mas fácil que matar impunemente en aquellas callejuelas lóbregas, y en aquellos turbios canales en donde el crimen podía quedar ignorado. Los robos, que serían mucho mas fáciles, son tambien muy raros; pero solo en las rivalidades de partido se muestran los venecianos turbulentos y apasionados. En 1841, época en que el podestad quiso restablecer las carreras de las gondolas, hubo tantos rencores y cóleras acumuladas entre las dos facciones, que tres ó cuatrocientos gondoleros fueron reducidos á prision la víspera de la fiesta, que no pudo verificarse. Al año siguiente, el conde *Correre*, que ejerce sobre el pueblo una grande y bien merecida influencia, para conseguir que la regata se celebrase sin disturbios, se vió obligado á hacer entrar en razón á aquellos hombres, unos despues de otros, y á apaciguarlos con su inteligente dulzura, demostrándoles el daño que causaban á sus inocentes familias, y á toda la ciudad, que albergaba aquellos días 50, 40 ó 50,000 personas extrañas al país.

No podremos dar mejor una idea de la importancia que cada partido da á su bandera, que citando algunos hechos de que todos los días éramos actores ó testigos.

Poco tiempo despues de mi llegada á Venecia, fui al cuartel *San Polo* junto al palacio *Bianca Capello*, á pintar un canalito encantador, todo cubierto de guirnalda de rosas, que atravesándole de uno á otro lado, aumentaban lo pintoresco del sitio. Un gondolero medio tendido en su góndola me servía de primera figura, y no destacándose sobre el agua su gorro negro, como exigía la armonía, me permití ponerle encarnado. Había concluido y me preparaba á partir, cuando el *barquero* se levantó para ver mi trabajo.

—*Patron benedetto*, ¿me poneis por injuriarme ese gorro encarnado? exclamó, por favor, cambiadle, para que se sepa que los gondoleros del *Sestiere San Polo*, son todos *nicolotti*.

Otra vez fui en una barca á *Canareggio*, que es el cuartel general de los *nicolotti*: Marco, mi gondolero, que era un puro castellano, hermoso mozo, *mauretto*, como dicen en Venecia para espresar la tez morena y fina de los árabes, había conservado su cinturón y gorro encarnados; yo estaba tranquilamente recostado en mi góndola, cuando unos gritos desahogados me hicieron mirar por las ventanillas, y me vi rodeado de barcas y gondoleros con los remos levantados sobre mi pobre Marco, amenazando golpearle y hacerle tomar un baño, si se negaba á quitarse su cinturón y su gorro, como una señal de deferencia hacia el partido á que había ido á insultar. Salí apresuradamente á la cubierta de la góndola para apaciguar aquella disputa que podía degenerar en *nagade* ó *cottellata*.

Pero la anécdota siguiente caracteriza todavía mejor que las demás, esos partidos populares.

Uno de los pintores mas distinguidos é ingeniosos de Venecia, *Eugenio Rosa*, hizo un cuadro que representaba al vencedor de una de las regatas, un castellano, el célebre *Naso*, que volvía á su casa despues del combate para abrazar á su familia y á sus amigos; y como dice el mismo pintor en una carta que respira poesía, que sentimos no poder citar toda entera: «El héroe anegado todavía en sudor, y lleno de la emoción de aquella lucha sostenida valerosamente con el remo, abraza con una mano á su esposa, y con la otra agita con alegría la bandera victoriosa.»

Este cuadro, no puede dar mas que una idea muy débil; reproduce una de las escenas populares mas patéticas de Venecia, porque los gondoleros cuentan las banderas ganadas en la lucha de la regata con tanto orgullo en sus familias, como los patricios las arrancadas á los enemigos de la república. Este cuadro, en donde se hallan reunidos mas de cincuenta personajes; está lleno de verdad, de ingeniosa observación, de un carácter elevado y cómico á la vez, cual presenta con frecuencia el modelo la naturaleza del pueblo. Su colorido es encantador, como tambien la composición, y solo un veneciano, observador constante de las costumbres nacionales, ha podido espresar tan delicada y exactamente la fisonomía original.

E. Rosa, antes de entregar ese cuadro al conde de Arraches, de Turin, su comprador, le espuso en la academia de Bellas Artes. Grande fué el murmullo entre los *nicolotti*. ¡Qué humillación!... ¡Un castellano vencedor, pintado por un artista célebre, y espuesto en los salones de la Academia!... Aquel día hubo grande deliberación en las tabernas de *Canareggio*, á consecuencia de la cual se redactó una carta que fué remitida al director del Museo. El estilo, en dialecto veneciano, enérgico y conciso de esta misiva, dará una idea perfecta de la importancia con que el pueblo mira esas rivalidades: héla aquí:

«Sior lustrissimo:

»La se recorda, lustrissimo, che se non la fa tirar via de-lla Cademia, el quadro del sior Rosa, con quel castelan, con

la sobadiera de... in mano; nu, nicolotti, che con le ni diere, menemo la polenta, ghe lo sfondreremo.»

«Ilustrísimo señor:

»Te se advierte, ilustrissimo, que si no haces salir de la Academia ese cuadro del señor Rosa, con ese castellano que tiene la bandera de... en la mano; nosotros, los *nicolotti*, que con nuestras banderas hacemos la *polenta*, le reduciremos á pedazos.»

Es casi imposible traducir la última frase, y he aquí su explicación: para hacer la *polenta*, (especie de torta de maíz que con frecuencia suple al pan), se sirven de un pedazo de madera que arrojan en seguida: el sentido es pues; nosotros los *nicolotti* hemos tomado ó ganado tantas banderas, que cada día podemos dar vuelta á la *polenta* con una nueva. Como los grupos se aumentaban sin cesar en la espocición, hubo que retirar el cuadro para evitar un atentado. Debemos añadir, que el pintor, que tambien era castellano, se había complacido en representar el triunfo de uno de los suyos, porque los amos, que con frecuencia suelen ser tambien hábiles remeros, abrazan con ardor el partido de sus gondoleros; y por la noche, en el paseo del *fresco* por el gran canal, ese *corso* sin igual en Italia, si encontráis una góndola de algun conocido y comenzais á hablar de uno á otro bordo, y por casualidad pasa una barca rival, vuestros bateleros se arrojarán al momento á luchar con ella, sin hacer el menor caso de la conversacion de sus patrones, á quienes aquello parece muy natural.

Pero volvamos á la fiesta que nos ocupa, la regata, la mas noble é interesante de todas las fiestas de Venecia.

El origen de la regata se remonta á los primeros tiempos de la república. Como en los días de fiesta, y á cierta hora, era costumbre ir á pasearse al *Lido*, el gobierno, para facilitar la travesía, procuraba mantener siempre listas en la *riva* muchas barcas grandes de treinta y cuarenta remos. Los que no tenían otro medio para ir allí, tomaban un remo y se ejercitaban en manejarle. De ahí nacieron los desafíos: puestas en fila y en perfecta alineación aquellas grandes barcas, partían á una señal convenida: de ahí el nombre de *riga*, que despues se convirtió en el de regata. Esta lucha, poco elegante para el espectador, era un ejercicio excelente para desarrollar las fuerzas musculares y habituar á los remeros á largas travesías.

Los senadores, conociendo la utilidad que de él podía sacarse para la marina, procuraron fomentarle. Por eso, en el decreto espedido con motivo de la gran fiesta por la libertad de las jóvenes esposas cautivas por unos piratas de Trieste, en 944, mandaron que la *regata* figurase en el número de las diversiones públicas.

Ese raptó es una de las anécdotas mas interesantes de la historia veneciana. Todos los años, el Estado casaba doce jóvenes, de las mas hermosas y pobres, con doce mozos escogidos. Para esta ceremonia se las prestaban pedrerías y joyas de gran valor, para aumentar el esplendor de la fiesta. Los piratas de Trieste, que se hallaban en guerra con Venecia, incitados por la codicia de tan buena presa, fueron á emboscarse en las inmediaciones de la iglesia, y cuando todos estuvieron reunidos en ella, se precipitaron en el templo con las armas en la mano, y robaron atrevida y descaradamente á aquellas nuevas sabinas, á vista de sus futuros esposos, que no tenían para defenderse mas que unas guirnalda de flores.

Caudiano III, que en aquella época era dux de Venecia, sensible á semejante afrenta, hizo armar con presteza varias barcas y persiguió á los raptos a la cabeza de los esposos y hermanos ofendidos. Bien pronto, dice la Crónica, los alcanzaron en un puertecito del Frioul, y despues de un encarnizado combate rescataron y volvieron en triunfo á sus prometidas con todas sus joyas. En celebridad y regocijo de tan fausto suceso se mandó hacer una función religiosa y juegos públicos, y Venecia, apasionada por las fiestas, añadió á ellas un lujo siempre creciente. Cuando la república llegó á su mas alto grado de esplendor, el espectáculo marítimo de la regata tomó un aspecto deslumbrador, único en el mundo, y llegó á ser la gran fiesta nacional.

Las regatas mandadas por el gobierno, eran los juegos olímpicos de la república, y tenían sobre estos últimos la ventaja de ser propios de las lagunas, por manera, que los extranjeros no podían intentar arrebatarse el premio á los hijos de la ciudad.

La extensión de la carrera es de cuatro millas venecianas, ó sea una legua próximamente. Comienza en la punta oriental de la ciudad junto al jardín público, atraviesa todo el puerto, á lo largo de la orilla, pasa por delante de la *Piaz-zeta*, entra en el gran canal, le sigue en casi toda su longitud hasta *Canareggio*, y allí, dando la vuelta junto á un poste colocado en medio del agua, regresa por el mismo gran canal hasta el palacio *Foscari*, en donde se distribuyen los premios á los vencedores por el orden de su llegada. En los últimos años, esta fatigosa carrera se detenía en el puente de Rialto, en frente del palacio de la municipalidad: ahora, el estrado en donde las autoridades distribuyen los premios, está construido como en otro tiempo entre los palacios *Balbi* y *Foscari*, en el ángulo que forma el gran canal, como lo indica el grabado que acompaña para facilitar la descripción de este indescriptible espectáculo.

Las góndolas que toman parte en la justa son de una construcción particular, y tan ligeras y delgadas, que en el sitio en donde el remero coloca los pies se pone una doble tabla, para que el fondo no se hunda con el peso. Unas barras transversales impiden poner el pie en ninguna otra parte. Estas barcas son guiadas por dos hombres, vestidos con colores brillantes y adornados con el cinturón y el gorro de los *castellani* y *nicolotti*. Cada partido envía sus mas fuertes y diestros remeros, á quienes muchas pruebas han comunicado vigor. No se podría espresar la emoción que produce en la ciudad la aproximación de la regata, y los cuidados y precauciones de que son objeto los combatientes escogidos. Se ponen en retiro, como dicen en los conventos, quince días antes, evitando toda causa debilitante, y siguiendo rigurosamente el método higiénico prescripto. Si se hallan al servicio de algun patricio, éste los exime de todo trabajo: cesan realmente de ser criados, y son tratados como los hijos de la casa: pueden pues, prepararse al combate con entera libertad.

Cuando llega el gran día, cada candidato recibe la bendición paternal, abraza á su familia, se pone al cuello sus mas preciosos relicarios de San Antonio y de San Marcos, y acom-

pañado de sus amigos va á hacer oración á su parroquia, ó á la iglesia *della Salute*: algunas veces, barca y remeros son bendecidos segun los ritos del culto: luego, cuando suena la hora, empujando el remo de madera escogida, por medio del cual espera añadir una bandera mas á la gloria de su partido, va á colocarse delante de la cuerda que retiene todavía á todos aquellos impacientes rivales. Al oírse un cañonazo cae la barrera, y cada uno encorvándose en la ligera barca, con un fuerte golpe de remo, la hace volar con mas presteza que la gaviota. Como dice la crónica, *Spuma l'onda, sotto il replicatto batter de remi*. Las olas se cubren de espuma con el reiterado golpeo de los remos. Ya se acercan, y apenas se les ha visto pasar, desaparecen por debajo del grande arco del Rialto. Pero mientras vuelven, los espectadores no permanecerán impacientes, no sabiendo que hacer, como sucede en el fugaz recreo de las carreras del hipódromo. Apenas bastarán los ojos para ver en detalle todas las maravillas reunidas en aquel sitio.

Desde el balcon del ilustre palacio Foscari, desde lo alto de esa misma ventana, en que en 1574, Enrique III de Francia asistía á una magnífica regata celebrada en su obsequio, y en que con una magnificencia verdaderamente régia, quiso suministrar los premios, vemos desarrollarse á derecha é izquierda ese vasto y magnífico *Canalasso* con sus palacios que parecen agitarse debajo de la multitud que los obstruye, con esas barcas de todas formas y colores que cubren el agua de tal modo, que fácilmente se puede atravesar desde una orilla á otra como por un pavimento. ¿Oís la música, los aplausos y el jubilo de la multitud? ¿Cómo guardan armonía la naturaleza y el arte?... ¿Veis cómo su acción produce un conjunto lleno de originalidad y hermosura?...

Ese día, el color negro, traje igual de las góndolas, desaparece bajo las colgaduras de todos colores de las barcas y los brillantes trajes de los gondoleros. Es necesario ese cielo y ese sol, para armonizar todos esos sonidos y todos esos matices.

Tanto los antiguos como los nuevos propietarios de los palacios, han procurado, para obtener aplausos, sobresalir siempre en el lujo y el buen gusto, sin reparar en gastos.

Durante las fiestas del congreso científico, el patricio *Jiovanelli*, gastó el solo 800,000 *zrandzigers*.

A pesar de la decadencia en que por tan diversos acontecimientos se encuentra la fortuna de una aristocracia en otro tiempo tan opulenta, todavía la quedan algunos nobles restos, que desde hace algunos años recoge con previsora prudencia, que sabe, sin embargo, enlazarse con todos los sentimientos nacionales que recuerdan su pasada gloria.

Ahi hay una góndola del siglo XV, como las que se ven en los cuadros de *Carpaccio* ó de *Juan Bellin*. Mas allá kaiks turcos con sus remeros medio desnudos; y luego juncos chinos y trajes de todas las épocas.

Entre las góndolas, se distinguen algunos pequeños esquifes de cuatro remos llamados *ballonines* y otros de seis, que llaman *malgkerotte*. Luego los *bisones*, grandes barcas de ocho remeros, adornadas á la usanza de los tiempos antiguos, con una especie de templete ó de pabellon de gasa con flecos de oro y plata, y algunas veces con listas de los mas brillantes colores, y en la popa y en la proa, trofeos militares y grupos que representan amorcillos, sirenas, aves; y toda especie de flores y follages. Estos *bisones* se llaman tambien *grosso serpente*, *gran serpente*, por su longitud, su aguda proa, y sobre todo por su agilidad en serpentear en medio de todos los obstáculos, que es lo mas esencial, porque esos barcos de ocho y diez remos, tienen por objeto el preceder á los justadores, y abrirles paso por entre las innumerables barcas que cubren el gran canal, y obligar á la multitud á mantenerse á lo largo de las orillas. Los jóvenes patricios que tripulan esos bisones, se arrojan en la proa sobre riquísimos almohadones, y con un arco en la mano, lanzan flechas doradas á los gondoleros que no entran pronto en la alineación: modo gracioso de conservar el buen orden, sin contristar con el rigor la alegría de la fiesta.

Se ve tambien una imitación del *Bucentaur*, famoso navío de los duxes, copiado de los antiguos kaiks del sultan. En una palabra, todo cuanto la imaginación puede inventar para el adorno de un barco, se pone en práctica, y cada sociedad ó corporación costea los gastos de una de esas *peotés* suntuosamente adornada con sus atributos característicos.

Los *chiózzotes*, habitantes de la isla de Chioggia, se distinguen entre todos por su barca, su traje, su música, y su manera hábil y particular de remar.

En fin, Venecia durante esta fiesta vuelve á aparecer tal como era en su época mas floreciente, y la regata es todavía la del tiempo de Enrique III, porque los trajes, en su mayor parte son los mismos, como tambien los palacios con sus colgaduras con escudos de armas bordados en oro y plata. ¿No oís repetir tambien en el atrio gótico, esos mismos nombres célebres en la brillante historia de esa ciudad, que valia por sí sola mas que un reino? ¿No parece que se salen del cuadro todas esas hermosas cabezas venecianas, cuyo tipo han inmortalizado el Ticiano y Pablo Veronés?...

Sí, siempre es el mismo ese pueblo, lleno de pasión, de destreza y de fuerza en sus juegos y placeres: sí, todo lo pasado se desarrolla en lo presente que nos rodea, y prueba que nada de la gloria de sus antepasados ha sido olvidado, y que todavía aguarda un porvenir al fénix que debe renacer de sus cenizas.

Mientras la distancia á que se hallan los combatientes ha permitido á nuestro pensamiento ocuparse en estos recuerdos, la carrera, que concluye de repente, nos vuelve á conducir al momento presente. He ahí á los luchadores que aparecen otra vez por debajo del puente del Rialto: llegan unos despues de otros pero muy inmediatos, y los que se han quedado muy rezagados, viendo perdida toda probabilidad, van á ocultar su tristeza en los pequeños y solitarios canales. Escuchad el murmullo de la multitud, los aplausos y los vivas: esa inmensa aclamación anuncia el momento de la victoria hasta en las estremidades del gran canal: algunos golpes mas de remo, y el vencedor se apodera de la bandera encarnada. El segundo recibe la bandera azul, y despues siguen la verde y la amarilla. Sobre esta última habia antiguamente bordado un lechoncillo, que se daba en premio en vez de la bolsa que acompañaba á las otras tres banderas. El lechoncillo, segun cuentan, era en memoria de un tributo anual, que el patriarca de Aquilea, hecho prisionero en un combate naval, por irrisión, se vió obligado á pagar en cambio de su libertad: ras-

go de carácter nacional, en donde halla siempre un lugar el inevitable epigrama. A la gloria de ser vencedor, y el héroe festejado de todo un partido, se debe añadir tambien la felicidad de hacer fortuna, porque ademas del premio, el dichoso gondolero, salta de barca en barca, y recibe de los espectadores, un sin número de monedas de plata. Luego, por la noche y al día siguiente, hace tambien una colecta en los barrios en que habitan sus partidarios.

Despues de la carrera que tiene lugar á eso de las seis de la tarde, cada uno vuelve á subir en su barca y sigue á la música que recorre el canal. Es tal la confusión, y la multitud flotante tan compacta, que los gondoleros solo se sirven del remo para resistir el choque de las barcas mas fuertes, y aquella masa marcha, sin saber como, conducida por la corriente y el impulso general.

Cuando llega la noche, el efecto es todavía mas mágico: fuegos de Bengala de color de rosa, verdes, morados y blancos, iluminan con sus brillantes luces los palacios que se duplican reflejando en el agua, realizando de ese modo los cuentos de hadas, en donde no se ven mas que palacios de esmeraldas, rubies y zafiros. Agréguese á esta decoración todas las barcas que pasan por delante de aquellos edificios deslumbradores, y proyectan sobre las fachadas su gigantesca silueta, ó retrato de perfil: luego, los armoniosos sonidos de las orquestas reproducidos por los ecos de mármol de esa ciudad sonora, una hermosa noche de estío centelleante con millones de estrellas, y aquellas mugeres iluminadas fantásticamente por fuegos de colores, que se asoman á los balcones para aspirar la brisa de mar y la armonía, hacen que no sea posible idear un espectáculo mas poético y hermoso.

¡Oh Venecia!... ¡Venecia!... ¡Cuánto amor y pesar esparces en el corazón de los que se alejan de tí!...

A. DE B.

Revista de Madrid.

Ninguna época, es decir, ninguna quincena podria ser mas fecunda que la que acaba de pasar, para suministrar materia al periodista que por obligación ó por necesidad, lo cual viene á ser lo mismo, ó por placer, puesto que hay gustos que merecen palos, se dedique á escribir revistas quincenales.

Y decimos fecunda, porque dentro de ella encontramos el Carnaval con todos sus antecedentes y consiguientes, y sabido se está si el señor Carnaval es fecundo, y no hay que decir por que, pues los tiempos presentes y los pasados, que en rigor no son mas que un tiempo, lo han visto pasar *plus minus-b* con la misma bulliciosa algazara, alegre y retozon, etc. que no hay mas que pedir: y como el matrimonio es mas antiguo que el Carnaval, y el tener hijas mas antiguo que el matrimonio, y el fruto picaro ó picante del árbol de la ciencia del bien ó del mal, coetáneo infaliblemente de nuestros desabrigados y primeros padres, resulta ó debe resultar por lo menos, que siempre el Carnaval ha de haber sido fuente de disgustos conyugales, ocasion de fragilidades femeninas, asunto grave para los amantes desconfiados, escollo terrible para los padres y tutores espantadizos, y diversion casera para los maridos quisquillosos.

El Carnaval de 1855 es la primera cosa que se nos ofrece al escribir esta *Revista*, y si picáramos de filósofos como picamos de habladores, si la trivialidad de tantos no escitara nuestra trivialidad, haríamos serias reflexiones, comentarios profundos, recorreríamos la historia y acabaríamos deduciendo esta consecuencia. El Carnaval es la época en que se le permite á cada uno y á cada una decir y hacer todo aquello que la razón y la conveniencia tienen prohibido durante el resto del año. En otros términos, es la época en que cada cual tiene permiso para hacer de su capa un sayo, ó de su colcha un dominó, que es mas adecuado lenguaje.

Y así sucede que las mugeres y los hombres hacen alianza con la mejor buena fe, y cambian sus respectivos trajes, se envidian cordialmente sus respectivas formas, deseando hacer mas verdadera la mentira del disfraz, y cada cual desea y procura engañar sinceramente en estos tres días del año, con mucho mas ahínco que en los otros 362, en que tambien se hace lo que se puede.

Pero el Carnaval no es un dios, ni mucho menos, y por mas que pretenda aturdirnos con su falsa alegría, nos deja á pesar suyo espacio suficiente para que cada quisque se ocupe en sus inquietudes, en sus ambiciones, en sus deseos y en sus dolores.

El egoísmo es mas poderoso que el Carnaval, y nadie olvida ni por un momento aquello que le trae cuenta, y por desgracia suya, ni aun aquello que le escuece.

Y como cada uno tiene sus ojos puestos en aquello que le trae cuenta, y como cada uno lleva mas ó menos profundamente grabada, ó mas ó menos aguda alguna espina en el corazón, no hay fiesta publica ni suceso plausible que derrame la alegría en todos y para todos.

Y sin embargo, á juzgar por las apariencias, la gente se ha divertido á las mil maravillas, lo cual no deja de ser chocante, si se considera que el hombre del siglo diez y nueve,

«O para hablar mejor décimo nono»

se profesa á sí mismo un amor impenso y consagra á todo lo demas una amable indiferencia.

No, no es esta la época de las luces, por mas que sea la de los fósforos; es mas bien la época de los espejos, la de las excelentes lunas de Venecia aglomeradas con tanta profusión en las tiendas, en los talleres, en los cafés y en los palacios; es la época en que el hombre se va encontrando consigo mismo, sin quedarle tiempo para pensar en otra cosa.

Por eso el amor de la patria es el amor de sí mismo, el amor de las mugeres el amor de sí mismas.—Religion, patria y familia, se han sustituido con estas tres palabras: Yo-yo. En la presente época no hay pasiones, porque sobran los vicios.

Pero dejando aparte el humor filosófico que se nos viene corazón adentro, y dándole por ahora *esquinazo* al Carnaval, para volver á encontrarle en la *boca-calle* inmediata, sirva lo dicho de preámbulo, introducción ó exordio, que de

estas tres cosas puede servirnos, y vamos á nuestra *Revista* quincenal.

Y es el caso que no tenemos novedad artística ni literaria con que sorprender la curiosidad de nuestros lectores, y es el caso que las novedades políticas de la quincena, cuya historia escribimos, nos están vedadas como fruta de suyo indigesta, la cual fruta debe ser indudablemente el *pero* que nunca madura, ó la manzana de *marras*.

Con todo, si el lector benévolo quiere salir con nosotros de Madrid por un instante, ya tendremos asunto para empezar por lo menos.—Todo el mundo conoce á Luis Napoleon y todo el mundo sabe que es sobrino de su tío.—Todo el mundo sabe tambien, que pensando Napoleon en la Francia se hizo presidente de la república, y que pensando en la república, la república le ha proclamado emperador de los franceses.—Ahora bien; Napoleon III quiere dividir su corona, y decide casarse, y la simpática condesa de Teba es la elegida.—Y aquí de las musas castellanas, evocadas *ad hoc* por editores que no se maman el dedo, y aquí de los poetas castellanos, y de los *Albumes* (al diablo con el plural), y de las coronas poéticas.—Henchidos de entusiasmo los hombres de letras, ó por mejor decir, los hombres de imprentas, dispónense á amontonar versos y mas versos, (siempre de los poetas mas célebres) para regalar como ofrenda justa, como tributo tierno y delicado, á la jóven y bella emperatriz un *Album* autógrafo riquísimamente encuadernado, haciendo de él una edición que publicaran para conocimiento del público y satisfacción de españoles y franceses á 30 reales ejemplar en rústica, y 50 reales ejemplar en pasta, con los retratos de los autores ó sin ellos, segun caigan las pesas, y bajo el epigrafe de

Sic vos non vobis meleficatis apes.

Se prepara, pues, un album para la emperatriz: las liras de los poetas sonarán en todos los tonos, y del prólogo del album se encargarán los editores.—Y aquí de las *gaceticillas* que todo lo dicen y todo lo celebran; que con tan imperturbable serenidad anuncian la sensible muerte del ilustre literato don JUAN NICASIO GALLEGO, como sueltan la voz de que cierta poetisa pretende ocupar una plaza en la Academia de la lengua, poniendo en un brete á la calva ó canosa galantería de los graves y respetables académicos. ¿*Risum teneatis?*

Pero, en resumidas cuentas, aun no hemos tocado sino incidentalmente el punto de las máscaras, y pardiéz que el punto en cuestion es uno de los que merecen la preferencia en esta *Revista*, por cuanto sabido es que las máscaras han dado mucho que decir y no poco que hacer durante la primera quincena de febrero.—Pedir mas bailes que los que se han perpetrado en ella, fuera un pedir que pasaria de castaño oscuro, puesto que bien sabe Dios que las clases alta, media é infima, han bailado cuanto hay que bailar en el par de meses que acaban de transcurrir!—Y en vano vino el miércoles de Ceniza con su cara de miércoles á poner coto á las estra-limitaciones báquicas de su antecesor el martes!: el *Entierro de la sardina*, ese famoso entierro que desde tiempo inmemorial se verifica en Madrid con una algazara que no comprenden los mas y de la cual participan los menos, hizo olvidar por la tarde el *memento* de por la mañana, y en las calles y en los paseos lo mismo que en la pradera del Canal, hubo máscaras y broma por mayor, á pesar de que el tiempo, excelente si se quiere para los besugos, no estaba para bromas.—No hay para que añadir, que el tal entierro no es otra cosa que la prolongación de las bacanales del Carnaval, por mas que algunos etimologistas monomaniacos pretendan tomar el rábano por las hojas, al tomar la sardina inhumable por una canal de puerco: la verdad es, que en la tarde del miércoles de Ceniza se echa el resto en la capital de las Españas en punto á la perpetración de varios pecados capitales, y de consiguiente, lejos de ser la consabida ceremonia una especie de preludio cuaresmal, una preparación simbólica para entrar en el tiempo santo, y redimir con ayunos y golpes de pecho las fechorías pasadas, es mas bien una protesta enérgica y licenciosa contra la época de penitencia que inaugura la Iglesia, una contumacia pertinaz en ciertos goces mundanales, que, francamente hablando, ademas de ser nocivos para el alma, para el cuerpo y para el bolsillo, tienen por añadidura la desventaja de ser en su mayor parte soberanamente tontos.

La tontería de estos goces llegó á su apogeo en la tarde del miércoles último, en que numerosas turbas de calaveras de la nueva cria, y no pocas Maritornes de las mas recalitrantes en los bailes de estramuros, recorrieron los paseos y calles de la capital, sin temor al airecillo colado que hacia embosarse hasta los ojos á los transeuntes pacíficos, y sin cuidarse de dar otros bromazos que el bromazo que á sí mismos se dieron soplándose las uñas con un afán digno de mejor causa.—Ni una mascarada de travesura, ni un solo disfraz de gusto ha salido á relucir en los cuatro días que ha reinado mas desafortadamente el reloqueo carnavalesco. Beatas con basquiñas negras moteadas de manchas parduscas y con enaguas no tan limpias como fuera menester, habilitadas de mantos; arlequines auritulos por fuera y por dentro; tal cual gañan vestido de esteras; alguna que otra individualidad masculina con traje femenino y vice versa; comparsas de pseudo-estudiantes que pedían dinero á cuenta de una música callejera á propósito para ahuyentar ratones, y crecido número, en fin, de máscaras desperdigadas, de esas que silenciosas y solas suelen divertirse seis horas ó siete, sin decir esta boca es mía, han sido con cortas escepciones todo cuanto en el año presente ha ofrecido el carnaval de las calles.

Algo mas fecundo en los salones, la buena sociedad ha tenido un magnífico baile de trajes en el palacio de la reina Cristina, donde con el disfraz de viejas, se veían jóvenes que, (usando de una frase que ha dejado ya de ser hiperbólica,) valían un imperio; con el disfraz de judías, cristianas mas á propósito para hacer infieles que para convertirlos; con el disfraz de personajes célebres, crecido número de personajes de quienes se decía, al verlos pasar, que el hábito no hace al monge.

En los elegantes salones del *Casino* se ha dado tambien un baile digno de los mejores tiempos de Carnaval, baile donde se veía lo mas selecto de la corte, sin que por eso pueda decirse que entre lo selecto no hubiera tal cual individualidad de virtudes problemáticas, ingerida en aquel *Sancta Sanctorum* de las gentes *commi il faut* por algun socio blando como la cera ante las súplicas de unos ojos negros.—El

(Sigue á la página 6).

NACIONES.	MARES.	RÍOS.	MONTES.	VOLCANES.	CABOS.	ISLAS.	LAGOS.	RELIGION.	GOBIERNO.	CIUDADES.	HABITANTES.	OBSERVACIONES.
GUINEA S E P - Océano Atlántico.	Chama. Kora. Sierra-Leona. Madrado. Anobra.	Montañas-Lan- gas.			Sierra-Leona. Palmas. Pee-puades. Formosa.	Fernando Po. Anobon. Príncipe. Santo Tomás.		Idolatra.	Despótico.	Comasia. Alomoy. Benin.	10,000,000	El clima es muy calido. Divídese en varios estados como <i>Souliniana, Cabo-Monto</i> , el imperio de <i>Achanti</i> , el reino de <i>Dahomey</i> , el de <i>Ba-nu</i> y el país de los <i>Cabongos</i> .
CLIMBERASIA.	Océano Atlántico.	Bambacoy. Pees.				Pajaros.		Idolatra.	Despótico.			Es el país más árido y desierto del globo, y recorrido por las tribus más bárbaras. Es casi del todo desconocido.
HOTENTOTIA.	Orange.		Neuweld.					Idolatra.	Despótico.	Harcastle. Griqua.		Entre los pueblos conocidos con el nombre de hotentotes, se distinguen los <i>damarrá, loschinnames y cornans</i> . Son muy feroces y salvajes.
CAFREERIA.	Océano Indico.							Idolatra.	Despótico.			Denominase tambien <i>costa de Natal</i> . Habitan los <i>kasas, tam-boukis, mamboukis, bejouanas, brigadas, hermananos y bar-radores, machanos y aros</i> , más ó menos bárbaros, llamados todos <i>cafres</i> .
MOZAMBIQUE.	Océano Indico.	Mejuno. Zambesa.	Lupatas.		Delgado. Corrientes.	Bazaruto. Quirimbe. Mozambique.		Idolatra.	Despótico.			Esta comarca es muy poco conocida. El suelo es pantanoso y malsano. Compónese de los reinos de <i>Quilua, Mombaza, Melinda y Magdaloza</i> . En el interior existe el <i>Monomolapa</i> , vasto imperio cuya capital dicen ser <i>Zimbaré</i> .
ZANQUEBAR.	Océano Indico.	Ladis. Mocher. Otonando. Zabbi.				Monfia. Zanzibar. Penula. Quilua. Mombaza.		Idolatra.	Despótico.			Es muy fértil, y entre sus producciones se cuenta el oro. La mayor parte pertenece á los portugueses, que tienen aqui una capitania general, dividida en siete gobiernos.
AIAN.	Océano Indico.				Orfui. Guardafui.			Idolatra.	Despótico.			Componese del país de los <i>Somantis</i> , pueblo pastor y de hermosas <i>ciudades</i> , y del reino de <i>Hourours</i> , siempre en guerra con los alisimos, con quien confina. Aqui se halla la mirra es incienso en abundancia.
ADEL.	Océano Indico.							Idolatra.	Despótico.			Es una de las mayores islas del globo, pues tiene 500 leguas de largo y 400 de ancho. El clima es malsano.
MADAGASCAR.	Océano Indico.	Amlar. San Andrés. San Vicente. Santa María.	Ambolismenes.			Madagascar. Comoras. Santa María.		Idolatra.	Despótico.			Está habitando este antiguo reino por un pueblo negro muy feroz.
CHIBIRO.						Ascension. Santa Elena. Tristan de Ac-tia. Mauricio. Socotra. San Luis. Madera. Ademas de ben- contarse las islas Canarias, nando Po y Azores, Per-y Anobon, San Luis, Santa María, Pri-n cipe, Santo Tomás y Bor- hon.		Idolatra.	Despótico.			La Inglaterra posee en Africa la isla de <i>Santa Maria</i> , y varias fac-to-rías en <i>Socombia, Sierra Leona</i> en la Guinea Septentrional; las islas de <i>la Ascension, Santa Elena, Tristan de Acuña, Mauricio</i> (antes <i>El Cabo</i> , <i>Socotra</i> y <i>San Pedro y San Pablo</i>), <i>Agulhas, Cabo Verde, Bisayo y Menores</i> , Portugal las islas <i>Azores, Madeira, Cabo Verde, Bisayo</i> y varios territorios en <i>Angola</i> , las islas de <i>Thurabique, San Luis, Gorea, Santa Maria, Borbon</i> algunos establecimientos en <i>Madagascar y Senegalania</i> . Los holandeses poseen algunos fuertes en la <i>Costa de Oro</i> , en la Guinea, y los franceses en la costa del reino de <i>Achanti</i> .

Divídese esta parte del mundo, denominada tambien *Nuevo Continente*, en dos regiones unidas por el istmo de *Panamá*, llamadas *América Septentrional y América Meridional*. La longitud es de 3,500 leguas, la latitud 1,500, y la superficie 8,715,000. El número de sus habitantes se calcula en 58,000,000. La América Septentrional se subdivide en seis grandes comarcas que son: *Granlandia, América Rusa, Nueva Bretaña, Estados Unidos y Guatimala*, el Perú, *Bolivia, Chile, Patagonia, Rio de la Plata, Uruguay, Brasil y Guayana*. El número de islas de América es muy considerable, y debemos mencionar la *Isla de Terranova, Bermudas, Antillas, Magallanes y Sandwich*. Los moradores indígenas de América, de los que restan ya pocos, son de color cobrizo, lo que hizo dar á su raza el nombre de *colorada*. Y se distinguen por su energía, valor, constancia, carácter fiero, tendencias nomádicas, inclinación á la caza y á la guerra. Los demás habitantes son de raza europea ó africana. El clima es muy calido, y la vegetación riquísima en todas partes. El oro, la plata y piedras preciosas abundan más que en ninguna otra region del mundo. La América fué descubierta en 1492 por los españoles, acaudillados por el célebre Cristóbal Colón, y perteneció en su mayor parte á las naciones europeas, que aun conservan en ella numerosas colonias.

AMÉRICA.

NACIONES.	MARES.	RÍOS.	MONTES.	VOLCANES.	CABOS.	ISLAS.	LAGOS.	RELIGION.	GOBIERNO.	CIUDADES.	HABITANTES.	OBSERVACIONES.
GROENLANDIA.	Glacial. Baffin.					Disco. Farewell. Charles. Norie. Chidley.		Idolatra.	Absoluto y des- pótico.		20,000	Son desconocidos en parte los limites de esta gran region, estéril y cu-bierta de perpetuos hielos. Pertenecen casi toda con las islas que de ella de-penden, á los dinamarqueses. En la parte que se conserva independiente es-tán las tierras de <i>Jamscou y Nugarvik</i> . El clima es muy frío. Los inge- (ses poseen tambien en este país un gran territorio.
RUSIA AME- RICANA.	Glacial. Bereng. Artico. Atlántico.				San Elias.			Cristiana griega é idolatra.	Absoluto y des- pótico.	Nueva Arkangel (capital). Petro-Eliet. San Pablo.	50,000	Pertenece á la Rusia este vasto territorio y á los indígenas independien-tes, divididos en tribus, de las que son las mas nombradas las <i>kitegnés, tchoukitchy, konoiques, kenatés, tchougatchés</i> , etc. Hay mucha pesca y pelería.
NUOVA BA E- TANA.	Artico. Baffin. Atlántico.							Calvinista é idi- latra.	Absoluto.		1,000,000	El clima es muy crudo y variable. En el interior habitan pueblos inde- pendientes, que se denominan <i>esquimales, kristidos y chipunges</i> . En el <i>Canadá</i> están los <i>algonquinos, irroqueses y iuroques</i> . Los <i>Labrador</i> la habitan los <i>pequeños esquimales</i> . Sin contar las tierras in- dependientes, se divide en los seis gobiernos de <i>Bayo Canadá, Alto Canadá, Nue- vo Brunswick, Nueva Escocia, San Juan, Terranova y Ber- mudas</i> .
REPUBLICA DE LOS ESTADOS UNIDOS.	Atlántico. Pacífico. Grande Océano.	Requitos. Alpaca. Andes. Verdes. Blancos. Juncos.						Calvinista é idi- latra.	Absoluto.		16,530,000	El clima es muy variable. La confederacion de

(La conclusion en el número inmediato).

lujo verdaderamente suntuoso con que los salones estaban adornados, la brillante iluminación, remedo de la luz del medio día que allí se notaba, la magnífica orquesta, las suaves emanaciones producidas por las mil y una delicadas esencias con que iban regados los concurrentes, y la prodigalidad, por último, con que estaban preparados el *buffet* y la repostería, dieron al baile del *Casino* cierto carácter de grandeza, de originalidad, y de esquisito tono, que lo remontan á la época de los mejores bailes venecianos. No falta quien dice que la circunstancia de haber estado el *buffet* tan esplendidamente servido, dió ocasion á que el Eden delicioso donde se verificaba tan brillante fiesta, perdiese grande parte de sus encantos poéticos, gracias al apetito prosaico de que hacían alarde los concurrentes; pero si bien se mira, en la moderna sociedad se ha comprendido perfectamente toda la poesía que encierra la doctrina de Epicuro, y como cada tiempo engendra diversas costumbres á la época melindrosa que produjo el tipo de la dama de la media almendra, ha sucedido otra época que produce damas cuyo apetito causa asombro, y las cuales no se muestran menos entusiastas del Champagne y del Tockay, que lo que se mostraban del Falerno y del Chipre otras damas que nos ha transmitido la historia, y las cuales enervaron á fuerza de brindis en jaleos saturnales el vigor de mas de cuatro mozos que subieron al Pindo con la pluma en una mano y el ánfora en la otra.

Después del *Casino*, pero en escala infinitamente menor, los bailes del Teatro Real han sido los mas notables, entre otras razones por el precio del billete, por el frío de los corredores, por la sensible carestía del ambigü, por el humor corron y bullicioso de los pollos, y por el aire de hastío y de indiferencia con que miran ya á las máscaras crecido número de personas formales, que, sin embargo, tienen á bien no abstenerse de aburrirse en ellas. Para participar, sin duda, una vez mas de semejante aburrimiento, para esponderse tal vez á ser los agraciados con las rifas de *piñata*, para librarse, quizás, de tentaciones cayendo en ellas, se agolpó en la noche del domingo á aquel coliseo tan inmenso gentío, que los concurrentes se codearon, se pisotearon y estrujaron á sus anchas con paciencia heroica, y ni los que iban para aburrirse lograron su fin, ni los que corrieron el riesgo de la *piñata* lograron el suyo: si los que iban en busca de tentaciones fueron mas felices, con su pan se lo coman y buen provecho les haga: por nuestra parte atenémonos sobre el particular á que corporal y espiritualmente conviene mejor el *sed liberanos á malo*.

Además de en el Teatro Real, ha habido bailes de *Piñata* en docena y media de salones públicos de medio carácter, y en un centenar de salones privados, de carácter entero. En unos y otros el baile ha entrado por mucho y los adherentes del baile por poco. Polka y mas polka en los primeros, por cuenta de los parroquianos asiduos á Capellanes y á otras sociedades anónimas: polka y mas polka tambien en los segundos, pero sazonadas con dulces y refrescos, destinados á dar una noche de solaz á los colegiales y colegialas que aun no piñonean.

Fácilmente se concibe, que, en una quincena, en que ha reinado sobre todo el Carnaval, los teatros tambien y la literatura han debido estar de máscara: así es la verdad, y sino dígalos el drama *Ricardo III*, producción francesa que se ha presentado en traje español con el teatro del príncipe, y la cual por su disfraz patibulario merecería que no la desdieran los dramaturgos llorones que en 1836 se comían los niños crudos y envenenaban hasta las candelillas. Por lo demás, el buenó del drama no deja de tener algunas condiciones literarias, y en el desempeño de él hacen algunos actores lo posible para que no sea considerado como una broma de carnaval: en cambio hay otros que parecen actores de pega, y si no lo son, preciso será convenir en que no es culpa suya, porque ponen cuanto pueden de su parte.

En el teatro de Variedades continúan las representaciones de *Verdades amargas* con el mismo buen éxito que tuvo esta producción en su estreno, y en el teatro del Circo se prosigue sacando el jugo al *Valle de Andorra*, zarzuela que ha caído en gracia, no sabemos si por su música ó por su letra, aunque, á decir verdad nos inclinamos á creer que no ha sido por lo segundo. Pero de todos modos, para el diablo que atine con la manera segura de hacerse aplaudir en el teatro de la plazuela del Rey, si se atiende al favor con que aquella ha sido acogida, y al éxito de la lindísima producción *La Espada de Bernardo*. Dios nos libre de creer que el juicio del público no ha sido acertado en esta ocasion: el público acierta siempre en sentir de los autores aplaudidos, y si no acierta, hay que conformarse con sus desaciertos, mediante á que de nada sirve que desarraque el cenio un Zoilo ó un Aristarco, si las ilustraciones de las *ignominias* dan en bostezar, ó prorrumpan en otras demostraciones algo mas estrepitosas. Pero acatando nosotros los fallos del público de la plazuela del Rey, por mas que este público tenga dadas pruebas repetidas de que no le disgustan los chistes gordos ni la literatura de grueso calibre, no por eso dejaremos de consignar que entre el libreto de *La Espada de Bernardo* y el libreto del *Valle de Andorra* hay la misma diferencia que entre un brillante de labor doble y un adokin; la preferencia de este sobre aquel, nos demuestra tan solo que la zarzuela está aun en mantillas y que, para elevarla, es preciso, no que los buenos ingenios se amolden al paladar del público, sino que el público deje de comer los potages antiliterarios con que se le ha venido regalando hasta aquí, los cuales, en vez de nutrirle, le estragan, y le imposibilitan de adquirir mas delicados gustos. Si la zarzuela conservara por algun tiempo el carácter tosco de que adolece, llegará pronto el día en que deje de estar en boga y el teatro se vea desierto; porque es de advertir, que si el público entero palmotea, es porque la mitad de ese mismo público goza y se rie de la franca y honrada risa de la otra mitad, cosa, que, como fácilmente se concibe, no puede ser muy duradera. El género grotesco puede ser aceptable en cortas y determinadas épocas; pretender convertirlo en pasto cotidiano, sería, además de pretender un imposible, dar margen á que los *vodevilistas* de allende el Pirineo se incomodaran, y con justísima razon, de los desacatos que contra nuestra literatura y la suya se cometen en la plazuela del Rey.

Y hasta por hoy de zarzuelas y de *Revista*, que tiempo vendrá en que podamos ser mas largos; si así y todo no hemos sido cortos, perdónelo el lector en gracia del temporal de bailes y nieves que nos ha caído encima durante la última

quincena, y guarézcase como Dios le dé á entender del temporal de palabras que, mal nuestro grado, se ha desprendido de nuestra pluma. Todo hombre debe aspirar á ser algo en este mundo, y no hay que preguntar que seríamos nosotros, sino fuéramos habladores.

ESTEBAN GARRIDO.

La huérfana del Pirineo (1).

(Continuacion.)

CAPITULO XXI.

CONSULTAS Á UN ORÁCULO.

Felix, mas jóven y mas impaciente, fué el que primero salió del escondite, quedándose en pie é inmóvil como una hermosa estatua griega.

Poco á poco hizo lo mismo el pastor.

La Atsó-gorriá prosiguió hilando su copo de lino sin hacer el menor movimiento que pudiera indicar que habia visto á los dos montañeses.

Por entre estos y la anciana, corrian botando las turbias aguas del Ur-epél.

Estos tres personajes, destacándose en aquel paisaje en que desplegaba la naturaleza toda su salvaje magestad, ofrecían asunto para un cuadro digno del pincel vigoroso y atrevido del pintor de las cosas extraordinarias y terribles; de *Salvador Rosa*.

Era un cuadro mitológico y alegórico á la vez.

La anciana por una parte hilando impasible y tranquilamente en su rueca, era una de las tres parcas que ve pasar por entre sus dedos, sin curarse de ello, el hilo de la vida.

Gaspar, con sus blancos cabellos y con su cuerpo algun tanto encorvado bajo el peso de los años, fija su mirada en la muger que tenia delante; era la personificación del hombre que se aproxima al no ser, y que cuenta por minutos lo que le queda de vida.

Felix, gallardo, enhiesto, apoyado sobre una larga escopeta, nuevo Adonis de aquellos montes, mirando á la Atsó-gorriá de una manera menos temerosa que su compañero, era por su parte la personificación del hombre, que en la flor de la vida, vé á su frente desarrollarse un vasto horizonte de existencia á cuyo extremo confin, que no alcanza á distinguir su vista, se encuentra la nada, es decir, la muerte.

El Ur-epél podía servir de alegoría para tres cosas: lo turbio de las aguas, para demostrar la cenagosa laguna de vicios en que está sumergida la humanidad.

El ruido del torrente, para demostrar el que producen las pasiones, ensordeciendo y no permitiendo que se oigan los gritos de la conciencia.

La rapidez de la corriente, la marcha agitada, incesante, sin reposo, de la existencia humana.

Embarazados por demas se veían Gaspar y el cazador en la situación estraña en que se hallaban, pues creyeron en un principio, que la Atsó-gorriá al verlos, ó bien les dirigiria la palabra, ó bien procuraria retirarse ó acercarse á ellos.

La anciana, sin embargo, proseguia hilando como si nada hubiera notado.

—¿Qué hacemos? preguntó Gaspar después de largo rato de contemplacion y silencio. Yo creo que ni siquiera nos ha visto.

—No lo creais, amigo mio: á esa muger nada se le escapa: adelantémonos hacia ella si os parece.

—¿Moverme yo, ni un paso siquiera? Eso no, Felix: si la Atsó-gorriá es tal cual me la has pintado, un buen cristiano debe encontrarse mejor lejos que cerca de esa bruja: y yo me precio de hombre religioso.

—Ya: pero es el caso, que no hemos venido hasta aquí para estarla mirando como dos imbéciles: ya sabeis además que lo que ella nos diga acerca del asunto que acá nos trae, es de mucha importancia para nosotros.

—Tienes razon como siempre, Felix: manéjate como puedas y encárgate de todo.

El cazador saltó de la Peña en que se encontraba á otra mas próxima á la hilandería, y poniendo su mano ahuecada en los labios, gritó:

—¡Eh! ¡Ohé! ¡Ohé!

La anciana prosiguió hilando, y solo los ecos contestaron á las voces de Felix.

—¡Eh! ¡Ohé! Buena muger: ¿me oís? tornó á gritar el mancebo.

Pero la anciana no se movió siquiera: lo mismo que antes solo los ecos respondieron á los gritos del cazador.

—¿Es sorda quizá? preguntó Gaspar acercándose muy quedo al sitio en donde Felix se hallaba.

—¿Sorda? no lo creo: contestóle éste.

—¿Si estará muerta? tornó á preguntar el pastor.

—En tal caso no hilaria.

—Es verdad.

—Empleemos otro medio, dijo Felix: y dando un salto, alcanzó el pico de una roca en cuya base se estrellaban las aguas al pasar.

Una vez allí, no distaba de la vieja mas que veinte pies, y por consiguiente pudo notar todas las estrañas particularidades de aquel rostro sin vida en el cual apenas se distinguían los ojos, merced á las numerosas arrugas, que como llevamos dicho, casi los ocultaban.

—Buenos días, madre, buenos días: dijo Felix después de aguardar inútilmente que la Atsó-gorriá hiciese algun movimiento al ver que se le acercaba el mancebo. Buenos días, repito: espero que no os haya sucedido nada malo desde que nos vimos la última vez.

La anciana cesó de hilar, levantó la cabeza y miró al cazador.

Animado éste con aquella muestra de atencion, añadió:

—He venido de muy lejos á veros, buena madre.

—¿Nada mas que á verme? preguntó al fin la singular muger riéndose con la risa seca que ya conocemos.

—Y á haceros una pregunta además.

(1) Véanse los números anteriores.

—Y ese que está detrás de ti ¿á qué ha venido?

—A lo mismo; contestó Gaspar colocándose al lado del cazador.

—¡Ah! ¡Ah! exclamó la Atsó-gorriá: mucho os interesa mi salud.

—¿Por qué no? preguntó Felix: sois anciana, vivís sola y además...

—Somos vecinos: interrumpió Gaspar.

—¿Anciana! dijo riéndose la muger: ¿quién os ha dicho que yo lo sea? ¿Sabe alguno por acaso los años que yo tengo? ¿No soy hija de las nubes, y como ellas, no puedo renovar mi existencia todos los días, á todas horas? ¿Anciana! ¿Podrás tú arrancar de cuajo la roca que pisas con tus plantas, y lanzarla de modo que pueda herir á esa águila que se cierne sobre vuestras cabezas?

Gaspar y Felix se miraron al oír aquellas palabras.

—Y sin embargo, prosiguió la Atsó-gorriá poniéndose en pie: yo puedo hacer eso y mucho mas aun: yo puedo hacer que se abra la tierra y que os trague á los dos: yo puedo segar con mi mano los robledales de Eugui, con mas facilidad que tú arrancas puñados de heno seco: yo puedo juntar con solas mis fuerzas las dos peñas que forman el portillo de Francia cerca de Roncesvalles, y juntarlas de tal modo, que queden incrustadas la una en la otra. Dime, moza: ¿podrás llevar á cabo empresas semejantes?

Y al hablar de esta manera, nadie hubiera notado en la anciana ni la menor entonacion irónica, ni el menor asomo de cólera: decia aquellas palabras con la misma impasibilidad con que hubiera saludado á una persona á quien viera todos los días.

Gaspar tiró del *capusay* al cazador disimuladamente y le dijo por lo bajo:

—Vámonos, Felix: yo no espero nada bueno por acá.

—Déjame hacer, Gaspar: la que es capaz de todas esas cosas, bien puede hacer por nosotros lo que es mucho menos que eso.

—Veniais á informaros de mi salud, añadió la sibila riéndose: ¿puedo yo acaso enfermar? ¿Creéis por ventura que estoy sujeta á las miserias de la humanidad? ¿Yo soy inmortal!... Cuando este mundo viejo, caduco, se haga pedazos, y cuando ya nada quede de los que en él habitan, yo volveré al seno de mi madre, al seno de las nubes, y envuelta en ellas volaré por el firmamento á mi antojo por toda la eternidad. Así, pues, no os cureis de mi salud, decidme á lo que habeis venido, y que sea pronto; antes que concluya de hilar este copo de lino.

Y la Atsó-gorriá se volvió á sentar en la roca, y prosiguió la tarea que momentos antes habia suspendido.

—El tiempo urge, dijo Felix á Gaspar, que aturrido con lo que oía, no separaba la vista de aquella muger extraordinaria.

—Si, el tiempo urge; contestó maquinalmente.

—Decidme, buena muger, gritó Felix: vos que todo lo sabeis, ¿podrías darme razon del paradero de una jóven que se llama Inés y que desapareció ayer?

—¿Deja rastro en el aire el gavilán? ¿Deja señal de su paso en el Ur-epél la trucha de moteada piel? dijo la anciana.

—No os entiendo. Inés, ni vuela como el gavilán, ni nada como la trucha.

—Pero la doncella que abandona furtivamente el techo hospitalario, toma tan bien sus medidas, que es mas fácil descubrir el rastro del ave en el aire, y del pez en el agua, que el que la doncella fugitiva pueda dejar tras sí.

—Para ojos de vista torpe, no digo que no: replicó el mancebo: pero para vos que todo lo veis...

—En efecto, yo puedo decirlos donde está.

—¿Vive? preguntó Gaspar con ansiedad.

La anciana tardó algun tanto en contestar.

—¿Vive? tornó á preguntar el pastor, por cuya frente corria el sudor con abundancia.

La sibila miró á Gaspar y contestó:

—Sí.

—¡Gracias á Dios! exclamó quitándose la boina y santi-guándose.

—Vive; pero no la verás en algun tiempo: añadió la Atsó-gorriá.

—Y decís que ha huido furtivamente...

—De casa de Mad. de Bréssens.

—Luego es cierto que ella... dijo Gaspar, y no pudo proseguir.

—¿Ves ese carambano de hielo que cuelga de la roca? preguntó la muger.

—Que queréis decir con eso.

Examinalo bien: no hay en él, el menor cuerpo estraño que empañe su pureza: cristalino es como el manantial cuando brota de la tierra: la jóven por quien me preguntais, es mas pura que el carambano y el manantial.

Una lágrima de alegría asomó á los párpados del honrado pastor: Felix, le miró, y le dijo en voz baja:

—Debeis una reparacion á vuestra hija por vuestros malos pensamientos.

Gaspar se arrodilló y comenzó á orar sin volver á tomar parte en aquella singular conversacion. Sabia cuanto deseaba saber: es decir, que su hija adoptiva vivia, y que ni la mas ligera mancha podia empañar su buen nombre. En medio de su oracion, recordó el contenido de la carta de madama de Bréssens, á la cual no daba en aquel entonces una gran importancia. En el interin preguntaba Felix:

—Os damos las gracias por tan gratas nuevas, á pesar de que no dudábamos de la buena conducta de Inés; pero aun deseáramos saber algo mas. ¿Por qué huyó de la casa en que se encontraba?

—Pregúntaselo á tu corazon. ¿No te dice algo?

Felix se pasó la mano por la frente y nada dijo.

—Respóndeme á tu vez, mancebo: ¿qué hacías anoche encerrado en el aposento de madama de Bréssens?

El cazador miró á la anciana con sobresalto, pero sin adivinar á donde iria á parar con sus preguntas.

—Luego la pobre jóven se encontraba tan cerca de mí, y yo lo ignoraba: murmuró Felix, no tan bajo que no lo oyera la Atsó-gorriá.

—Y dado caso que lo hubieras sabido, ¿no habrias despreciado á la pobre aldeana por la gran señora?

—Eso nunca, buena muger: Inés es mi amor, mi vida, mi todo, después de Dios y de mi madre: contestó el cazador con exaltacion.

La anciana cesó de hilar, levántose de su asiento de roca, y se fué acercando al cazador, dando aquellos saltos estravagantes que tanto admiraron á Damian el monaguillo, y que en el momento en que hablamos aterraban á Gaspar, que no cesaba de santiguarse á toda prisa.

El mancebo que no las tenía todas consigo, se mantuvo firme y aguardó á que se aproximara la Atsó-gorriá.

Tenia ésta que atravesar el Ur-epél y encaramarse á la punta de la roca en que estaban Félix y Gaspar, y podía apostarse mil contra uno á que la decrepita muger no lo conseguiría: pero en esto como en otras muchas cosas, salieron fallidas las esperanzas y cálculos del cazador y de su compañero.

La Atsó-gorriá atravesó el Ur-epél saltando de piedra en piedra; luego subió con la mayor agilidad al sitio en que se encontraban sus interlocutores y quedóseles mirando de hito en hito.

—Tú, dijo á Gaspar poniéndole la mano en el pecho, has abrigado indignas sospechas acerca de tu hija; procura no volver á estos sitios á no ser llamado por mí.

Gaspar, aturdido, pálido, no tuvo fuerzas para contestar. —En cuanto á ti, dijo á Félix levantándose sobre las puntas de los pies y apoyando un dedo descarnado en la frente del jóven; veo que me hablas con sinceridad, que la amas y que nunca pensaste mal de ella.

Luego, bajóse de la roca, atravesó de nuevo el torrente, sentóse en el mismo sitio que antes y diciendo:

—Ahora, escuchame.

Prosiguió su tarea, hilando á mas y mejor.

—La jóven por quien me preguntáis se encuentra en lugar seguro y al abrigo de todo peligro. Tiene enemigos, enemigos muy poderosos; pero yo la protejo y esto debe bastaros.

—¿Enemigos, ella? preguntó Gaspar, admirado.

—¿Enemigos? repitió Félix.

—¿Has olvidado la carta de esta mañana? preguntó á su vez la sibila.

Gaspar se dió una palmada en la frente y mirando á Félix exclamó:

—Bien te lo decía yo, amigo mio.

—Acordaos, Gaspar, contestó el mancebo con gravedad, que hemos convenido en no pensar mal de nadie.

El anciano recibió aquella lección sin murmurar.

La Atsó-gorriá que habia oído la respuesta de Félix, se inmutó todo cuanto era capaz de inmutarse: es decir, dejó caer el huso.

—¿Quiénes son sus enemigos? preguntó aquel.

—Son varios: pero ahora te indicaré uno tan solo, pero el mas temible.

—Decid, buena muger, decid.

—Se llama..... German, en Urdóx, y es mayordomo de madama de Bréssens.

—Pero segun vuestras noticias ya no está á su servicio.

—Te equivocas, jóven. En la actualidad se encuentra en Pamplona ó muy cerca; pero no por eso deja de ser un fiel servidor de madama.

—¿Y qué nombre ha adoptado ahora?

—El mismo, ó otro cualquiera; no es la primera vez que toma un nombre supuesto: pero yo conocí una época en que le llamaban, D'Herville: y entonces no servia en clase de mayordomo, sino en la de coronel; y su amo no era conde ni duque, sino rey de Francia. Ahora obrad; obrad sin pérdida de tiempo.

—Una pregunta me queda que haceros: ¿por qué causa aborrece á Inés ese hombre?

—Si me hubieses preguntado, por qué la ama tanto, tal vez hubiera podido satisfacer tu curiosidad.

Félix se puso pálido al escuchar aquellas palabras, y una luz, aunque muy débil y lejana, vino á iluminar su mente.

El mancebo hizo nuevas preguntas una tras otra; pero la anciana no contestó á ninguna de ellas. Su atención estaba fija sin duda en otra parte, pues tenia vuelto el rostro hacia la cumbre de una montaña próxima, pero invisible á causa á la niebla, y la cabeza inclinada en la actitud de quien se pone á escuchar un ruido lejano.

—Mi copo de lino se concluyó, dijo de repente: idos, nada mas tengo que deciros. Tú, Gaspar, no vuelvas á estos sitios: yo te llamare cuando sea necesario: ¡guay de ti, sino acudes á mi llamamiento!... En cuanto á ti, Félix, ya sabes el nombre del enemigo de tu reposo y de tu amor: obra en consecuencia.

Dicho esto, entró la Atsó-gorriá en su rústica morada.

—A Pamplona, Gaspar, á Pamplona, dijo el cazador, y ambos se dirigieron monte arriba hacia la capital de Navarra sin despedirse de nadie.

Nuestros lectores recordarán que Carolina, olvidada de la invasión de los franceses, de la presencia de Bertholon, de la furiosa tempestad que rugía á la parte de afuera, se habia dormido mecida en ensueños de amor y de ventura; recordarán que la hermosa dama debia tener una entrevista con Félix, la mañana del día inmediato, y que en ella esperaba oír al fin la confesion del amor que habia sabido inspirar al jóven montañés.

El salón que ocupaba madama de Bréssens, presentaba aquella madrugada un aspecto inusitado. Varias ropas de diversos colores y hechuras se veían esparcidas sobre las sillars: adornos mas ó menos ricos, ocupaban la mesa de encina: cintas, brazaletes, collares, anillos, diademas, pomos de esencias esquisitas, todos los arreos y atavíos, en fin, de la muger rica, jóven, hermosa, que ha vivido entre el lujo, y que quiere agradar al que ama, se veían por todas partes....

Sentada en un sillón, apoyada la cabeza en el reclinatorio de ébano, y con un libro de oraciones lujosamente encuadernado en la mano, permanecía inmóvil la hermosa Carolina.

Largo rato estuvo en esta posición, orando sin duda, y pidiendo á Dios la diese fuerzas para soportar el escaso de felicidad que aguardaba por momentos.

Cuando al fin levantó la cabeza, brillaban sus ojos con una espresion tal de esperanza, de placer y de alegría, que casi causaba miedo.

Aquella muger, toda pasión, se entregaba sin reserva alguna al torrente que la arrastraba.

Ya lo dijimos al principio de esta narracion: en su amor como en su odio madama de Bréssens debia ser terrible.

Apenas habia amanecido cuando saltó de su lecho y proponiéndose aparecer hermosa á los ojos de su ídolo, gozando de antemano con la agradable sorpresa que iba á experimentar á su vista el sencillo montañés, revolvió su guarda-ropa esparciendo por la estancia las ricas preseas y los espléndidos trages de que se hallaba provista.

Luego hubo de cruzar por su mente algun siniestro recuerdo, pues dejándolo todo revuelto sacó á toda prisa el libro de oraciones y corrió á postrarse ante el reclinatorio.

Sin duda la oracion borró hasta el mas ligero vestigio de lo que habia motivado el brusco acceso de devoción de la condesa, puesto que como llevamos dicho, al levantar la cabeza apareció el rostro de Carolina rodeado de una aureola de ventura.

Era ya bastante entrado el día, cuando abriendo la puerta del aposento, grito:

—¡Mary!

Una muchacha, como de diez y seis años, acudió al llamamiento. Era Mary, el tipo perfecto de la griseta bayonesa, vivaracha, juguetona, de movimientos prontos, rápidos, como los de los animales de raza felina: su mirada picaresca, su boca pequeña, siempre los labios en movimiento á esfuerzos de una sonrisa maliciosa, ora la promoviese una causa conocida exterior, ora una idea traviesa que cruzase con la velocidad del relámpago por su imaginacion de niña.

Sin duda alguna la griseta habia visto entre sus manos vestidos y telas de valor; quizá mas de una vez habria asistido al tocador de alguna dama de Bayona; pero á pesar de esto, cuando la jóven entró en el aposento, quedose asombrada ante la magnífica profusion de adornos y joyas que se presentó á su vista.

—Acércate, Mary, dijo Carolina sonriéndose al notar el asombro de su nueva camarista. Acércate sin temor: tengo muy buenas noticias de ti, y me has sido recomendada con eficacia. Veamos: ¿cual de esos vestidos te gusta mas?

—Señora; contestó la jóven turbada al oír semejante pregunta.

—Habla, muchacha: si tuvieras que agradar á algun amante, ¿cual de esos trages elegirias para presentarte á él?

—La persona que me dirigió á vos, dijo Mary animada con la familiaridad de su ama; me anunció que érais una señora amable y buena, veo que no se ha equivocado.

—Gracias, Mary, gracias; pero ese es un cumplimento y no una respuesta á mi pregunta.

—Si yo hubiese de elegir un traje para agradar, dejaria todos estos por aquel vestido de terciopelo granate guarnecido de armines en el cuello.

—Vaya, replicó Carolina: veo que tienes buen gusto, y para probártelo, voy á ponerme el vestido de tu eleccion. Pero antes quiero que me peines, no segun la moda, que es de muy mal género, sino á tu capricho.

—¿Queréis que os haga trenzas? Vuestro cabello es magnífico.

—Un peninado á la griega; eso es, creo que en las mugeres lo mas sencillo es lo mejor.

Dicho esto, se sentó entregando su hermosa cabeza en manos de la jóven camarista, cuyos lindos dedos medio ocultos entre la negra y luciente cabellera de su señora, brillaban por su blancura como diamantes clavados en terciopelo negro.

—¿Deseáis que os acerque un espejo? preguntó Mary despues de soltar el pelo de su ama.

—No: me fio en un todo á tu destreza. Me la ha elogiado mucho la persona por quien me has sido recomendada.

—Es favor de la señora Rosa: me quiere tanto...

—¿Quién es esa muger?

—Una honrada posadera de Bayona: la misma que habló por mí á la persona que me ha dirigido aqui.

—¿Una posadera! ¿Y por qué te quiere tanto esa buena muger?

—Porque siendo muy niña me recogió en su casa y me ha criado en su compañía. ¡Pobre muger! Cuando me despedí ayer de ella, se quedó tan triste, tan triste...

—¿Tanta impresion la causaba tu ausencia?

—Mucha, señora, mucha, ¿Queréis dos trenzas en cada lado, ó una tan solo?

—Basta una, Mary: te doy la enhorabuena desde luego: tienes la mano ágil y muy suave: apenas la siento en el cabello.

—Lo mismo me decía la buena Rosa.

—¿Y tú has sentido mucho esa separacion?

—Sí, señora; porque tambien yo la quiero mucho: y eso que últimamente casi llegué á tener celos.

—¿Celos! dijo Carolina asombrada.

—Sí: celos.

—¿De quién?

—De un jóven que se hospedó en casa durante un mes largo, y á quien Rosa amaba con locura.

—¡Oiga! exclamó la condesa riéndose. ¿Con qué tenias envidia y no celos segun tú dices? ¿Era hermoso el jóven?

—¡Ay! Sí, señora. Yo le apreciaba porque era muy pacífico, muy bueno para conmigo; pero cuando noté que Rosa le queria mas que á mí, llegué á aborrecerlo. Así es que para vengarme de entrambos, hice diabluras.

—¡Muchacha! exclamó de nuevo Carolina á quien divertian sobremanera las confidencias de su camarista. ¿Qué diabluras hiciste?

—Puse en conocimiento de todas las vecinas los amores de Rosa, y cuando salia los domingos dando el brazo á su hermosa Félix, como ella le llamaba... ¿Qué tenéis señora? ¿Os he hecho daño? preguntó Mary asustada al ver el movimiento brusco de Carolina.

Porque la condesa al oír pronunciar tan inesperadamente el nombre del cazador, se habia puesto en pie como empujada por un resorte. Luego mirando fijamente á la jóven que temblaba de miedo al notar el súbito cambio que se habia verificado en las facciones de su ama, la dijo:

—¿Es jóven esa muger de quien me hablas?

—Tendrá unos cuarenta años.

—¿Y dices que amaba mucho á su huésped?

—Sí señora.

—¿Pero él... la amaba tambien? No me engañes.

—Creo que no.

—¿Estás segura de ello?

—Casi puedo jurarlo.

—¿Qué pruebas tienes para creer que él no la correspon-

—Tengo la de que siempre estaba triste.

—¿A pesar de los agasajos de la posadera?

—A pesar de todo, señora: lo cual era causa de la desesperacion de la pobre Rosa. Además, esperaba con tal ansia algunas cartas que recibia bastante á menudo, que yo llegué á sospechar que fuesen mensajes de la que el huésped amaba.

Carolina se serenó repentinamente, tornó á sentarse y exclamó:

—Tienes razon, Mary: ¡pobre Rosa! Pero por ahora dejemos á un lado esos amores que nada me interesan y prosigue con cuidado en tu tarea.

Carolina no volvió á despegar sus labios sino para quejarse de la torpeza de su peinadora, la cual asustada con lo que habia presenciado, y no pudiendo comprender la causa del extraño cambio que habia notado en su señora, acertaba apenas á formar la sencilla trenza con los cabellos de Carolina.

Esta por su parte estaba inquieta: ya pateaba en el suelo, ya movia la cabeza; unas veces apoyaba la frente en la palma de la mano, otras la alzaba repentinamente, y entonces podia verse la extraña sonrisa que vagaba por sus labios.

Al fin dijo como hablando consigo misma:

—Esto ha de ser: es preciso que esto se acabe hoy mismo: ya no mas dilaciones: dejemos á un lado consideraciones y escrúpulos necios, vulgares. Vamos, Mary, añadió dirigiéndose á su camarista: date prisa y concluye pronto.

—Ya estais servida, señora.

—Bien está, ahora acércame ese traje color de granate, añadió levantándose: no, no lo traigas: ya no me gusta, yo elegiré.

Y eligió en efecto un magnífico vestido de color verde oscuro, rodeóse á la cabeza ambas trenzas y sujetólas con una corona de conde. Púsose espléndidos collares y brazaletes no menos ricos, y haciendo seña á Mary para que se acercara, la dijo:

—Si quieres permanecer mucho tiempo en mi casa, procura no pronunciar ni una palabra que tenga relacion con esa posadera. Asuntos de gente de tan baja esfera, no merecen que se pierda tiempo en escucharlos.

—Obedeceré vuestras órdenes, señora, contestó la jóven llorando.

—Bien está, y para que no sea tan penosa la obediencia, toma esta sortija; te la regalo.

Y la entregó un anillo de oro cincelado, de mucho valor.

—Ahora escucha: tal vez venga preguntando por mí una persona que tú conoces: manéjate de modo que aparentes no haberla visto nunca, y hazlo entrar en este salón. Puedes retirarte, y silencio...

Mary saludó profundamente y salió de la estancia.

Madama de Bréssens, luego que se vió sola, se miró en el espejo de marco de ébano con incrustaciones de oro y nacar que en el reclinatorio se hallaba oculto, y sonriéndose satisfactoriamente se fué á sentar en un sillón, apoyó su cabeza en la palma de la mano, y

—Ya no puede tardar, dijo: esperemos.

Y esperó.

Mas pasóse media hora, luego una, luego dos, y Félix no parecia.

El hermoso semblante de Carolina iba perdiendo paulatinamente la espresion de alegría y felicidad que se notaba en él aquella madrugada. Conforme avanzaba el día, se pintaba una sombría inquietud en aquel rostro tan bello como el de una Madona del Correggio.

Madama de Bréssens se levantó muchas veces de su asiento para asomarse á la ventana en la cual pasaba largo rato escudriñando el bosque con sus miradas; el frio intenso de la mañana, la niebla que empujada por el viento daba de lleno en la cara de la condesa, sembrando de gotas diáfanas su cabellera, no hacian mella alguna en madama de Bréssens, que fija su imaginacion en la idea que la dominaba, la era indiferente todo lo demas.

Varias veces llamó á sus criados y les preguntó si por acaso habia venido el cazador; pero todos contestaban unánimes, que hacia mucho tiempo que no lo habian visto.

—¿Cual de vosotros es el mas andarin? preguntó de pronto.

—Pedro el pastor, señora: respondieron señalando á un jóven robusto.

—Acércate, Pedro: vete sin pérdida de tiempo á casa de la madre de Félix, y preguntala de mi parte si su hijo ha pasado bien la noche.

—¿Nada mas, señora?

—Nada mas: ¿cuánto tiempo neecesitas para ir y volver?

—Tres cuartos de hora; pero por serviros haré el viage en un cuarto menos.

—Bien está: toma eso por el momento, dijo Carolina poniendo una moneda de oro en la encallecida mano del pastor: cuando vuelvas te daré otro tanto: no olvides que te aguardo con impaciencia.

El pastor salió aturdido al ver aquella liberalidad de su señora: los demas criados que todo lo habian presenciado, hicieron mil comentarios acerca del lujo con que estaba vestida su ama, admirándose no poco del extraño mensaje encargado á la ligereza de piernas del pastor, y sobre todo del escoso precio en que se pagaba tan sencillo servicio.

Mil ideas contradictorias cruzaron por la mente de Carolina durante la media hora que habia de tardar en tener noticias del cazador. Unas veces, atribuia su tardanza al sueño que merced á las fatigas del día anterior, se habria apoderado del jóven hasta el extremo de no despertarse á la hora que acostumbraba: otras veces creyó que quizá habria caído en poder de los franceses: pensó tambien que durante la tempestad y á causa de la lóbrega oscuridad de la noche anterior, podia muy bien haberle acontecido alguna desgracia.

El pastor tan impacientemente esperado llegó al fin.

Segun él, la madre de Félix agradecia á madama de Bréssens el interés que mostraba por su hijo, y añadia que despues de haber pasado una noche tranquila y reposada, la habia abrazado al amanecer saliendo de casa á cazar sin duda.

Carolina palideció horriblemente al escuchar el mensaje.

Despidió á Pedro con un ademán y volvió á quedar sola, entregada á sus pensamientos. Paseóse ceñuda y silenciosa por la estancia, parándose á menudo como quien madura un plan concebido de pronto.

(Se continuará.)

Ladrones de perros en Londres.

Hemos visto en una obra inglesa, llena de estudios interesantes acerca de las miserias del pueblo de Londres, detalles de una naturaleza a un tiempo curiosa e instructiva sobre el comercio que origina, en las calles de la Babilonia británica, el robo y la restauración, digámoslo así, de los perros de todas castas, pero especialmente de aquellos perros miniaturas llamados king-charles, bleinheim, etc., que han llegado a ser, de algunos años a esta parte, una especie de manía hasta en el continente.

Digamos primeramente alguna cosa respecto a la obra de la cual tomamos parte de estos pormenores. El *London Labour and the London poor*, se publica en Inglaterra desde principios de 1851, por Mr. Henry Mayhero, a quien la economía pública y la estadística debían ya un trabajo interesante publicado en 1849 y en 1850 por el *Morning Chronicle*, sobre la situación de las clases laboriosas en Inglaterra. En la benéfica obra, de la cual él solo es el autor, y que publica por su cuenta, Mr. Mayhero afecta mas bien el papel de investigador escrupuloso y benévolo, que el de reformador sistemático. Espone por vía de introducción y dejando hablar las mas veces a los mismos cuyas costumbres describe, la situación actual de aquella parte de la población de Londres que vive en la calle, y de la calle misma. Recorriendo el sumario del primer volumen, en el cual están reunidas veinte y seis entregas del *London Labour and the London poor*, vemos que el autor ha pasado ya revista al comercio ambulante (*street folk*) del pescado, de los frutos y de las legumbres, de la carne y de la volatería, de los arbustos, de las flores y de los ramilletes, de los comestibles y de las bebidas de toda especie, de la librería, de la papelería y de los objetos de arte (*the fine arts*), los almacenes de los pisos bajos etc, etc; poblaciones, nos dice él mismo, que cuentan mas de 10,000 individuos, y que realizan todos los años en beneficios o salarios mas o menos honrados, una cantidad de 2,500,000 libras esterlinas (mas de 190,000,000 de reales.)

Acaso tengamos que recurrir a algunas de las interesantes o tristes monografías trazadas o recogidas por Mr. Mayhero. Hoy señalaremos los rasgos principales de su introducción sobre el comercio, lícito o ilícito, de los individuos de la raza canina, introducción que toma por punto de partida una información parlamentaria, ordenada en 1844 por la Cámara de los comunes, y que ha tenido por resultado introducir en la legislación británica el derecho de acción civil contra los ladrones de los animales domésticos, que no sirven para el alimento del hombre, no tenían valor fijo y apreciable por el magistrado encargado de la represión de los atentados contra la propiedad.

Numerosos testigos fueron llamados delante de la comisión nombrada por la Cámara de los comunes por el acta de 26 de julio de 1844, y en contrariedad con la jurisprudencia que rehusaba asignar un valor preciso a los perros de lujo, se estableció que un perro de aguas vendido a los compradores por orden del sheriff, había sido públicamente adjudicado por el precio de 105 libras esterlinas (9,900 rs.); otro no había llegado mas que al precio de 95 libras (9,440 reales). Esta vez era un king-charles negro de fuego. Según una declaración de Mr. Dowling, el editor del periódico *Bell's Life in London*, un perro famoso de la misma raza había sido pagado en 150 libras (14,400 reales).

Otro testimonio había establecido delante de la comisión, no sin citar versos extractados de un poema del gran Pope, la genealogía de los king-charles, estos animales favoritos de Carlos II, que tenía un sillón dorado a la disposición de cada uno de ellos en su palacio de Whitehall; pero el mas interesante de los testimonios recogidos por los honorables comisionarios fué el de un Mr. Bishop, armero en Bond-street, que empleado ordinariamente por su noble clientela a la busca



Vendedor de perros en Londres.

de los animales perdidos o robados, había podido citar los nombres de mas de ciento cincuenta cadíes o caballeros que habían perdido sus perros. En 1845 solamente, y en los pri-

lante de la comisión que los ladrones habían tenido con él seis semanas de entredichos antes de devolverle un perro que ellos habían robado. Una señora citada en la información,

miss Broun, después de haber rescatado dos veces su king-charles, bajo la amenaza de malos tratamientos, y de afligir al pobre animal, dejó a Inglaterra temiendo tener todavía que experimentar portercera vez las pruebas de las horcascaudinas de los ladrones.

Los perros encontrados o robados que no tienen dueño reconocido, si tienen algun valor, son deportados fuera de lo interior de los tres reinos.

No terminaremos este bosquejo de costumbres inglesas, sin indicar que en la taberna de la *Eight-Bells* se ha establecido un club, donde nadie es admitido si no se presenta con un king-charles debajo del brazo, y cuyos miembros no hablan mas que de perros durante toda la noche, con la misma sangre fría y el mismo entusiasmo flemático que emplean los miembros de la *Abeona* de Amberes, al referir la vida de cada día de sus palomas viajeras.

MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, número 8.



Depósito de perros robados en Londres.

meros meses de 1844, cuando se conoció a este estimable Mr. Bishop, sesenta y dos nobles personajes habían pagado una cantidad de 977 libras esterlinas (99,700 reales) para volver a entrar en posesión de sus animales favoritos, y según Mr. Bishop, esta cantidad no debía representar mas que la